

# **Fascismo para un nuevo modelo de acumulación<sup>1</sup>**

Nuria Giniger<sup>2</sup>

## **Cien años de modelos de acumulación**

### *El fordismo como iniciativa imperialista*

Hace poco más de cien años, la Primera Guerra Mundial fue una de las expresiones más crudas de la crisis del orden configurado alrededor del imperialismo británico. En su seno nacieron dos respuestas: una que daba vuelta la taba y otra que sostenía el capitalismo, pero de otro modo. Ambas triunfaron.

El socialismo no logró consolidarse en todo el mundo y terminó circunscripto a la Unión Soviética (luego de la Segunda Guerra, se expandió). Y aunque es una historia mucho más interesante, no es el objeto de este artículo.

La reconfiguración del capitalismo tuvo, entonces, un doble desafío: impedir que el socialismo se esparciera por todo el mundo y desplegar un orden, que no sea nuevo pero que lo parezca. El fascismo y distintas corrientes de ultraderecha (anticomunistas, racistas, misóginas, antisemitas, etc.) se pusieron a la tarea de disciplinar –con muerte, genocidio y represión, pero también con consensos y expectativas- a las masas y de establecer un modo de desarrollo del capitalismo, que permitiera cumplir algunas exigencias obreras a través de un bienestar mayor, con empleo y salarios más altos, pero que no desafiara la concentración monopólica de la riqueza y del poder. Para ello, emprendieron dos tareas: reorganizar el trabajo y quitarse de encima a la aristocracia, sector ocioso y despilfarrador. El imperialismo, entonces, mudó su centro de gravedad a un lugar que permitía desplegar ambas tareas con enorme eficacia. Estados Unidos tenía capacidad industrial instalada y una enorme masa de trabajadores nativos y oriundos de distintas oleadas migratorias, necesitados y necesitadas de trabajo. Pero, además, era una república sin nobles a quienes mantener.

---

<sup>1</sup> Una versión extensa de este trabajo se encuentra en Giniger, N. (2026) “Distopía del Mal Vivir. Trabajo y Fascismo en el siglo XXI”. Ed. CLACSO-CEIL.

<sup>2</sup> Doctora en Antropología Social, UBA. Investigadora independiente del CEIL-CONICET. Vocal del Consejo Directivo de ATE Capital. nuriaginiger@gmail.com

De la mano de Ford –un nazi confeso–, se sistematizó la reorganización del trabajo (que ya había comenzado midiendo tiempos y ritmos de producción desde la segunda década del siglo), con el fin único de producir más, más rápido y con una nueva disciplina. Así –no de forma lineal ni sin contradicciones– se configuró una modalidad de organización del trabajo basada en la gran concentración de obreras y obreros en una misma empresa (mucho mayor que la etapa anterior), cooperando en la realización de distintas tareas, desde el momento inicial de la incorporación de la materia prima hasta el final de la elaboración y despacho del producto terminado. Con o sin gran maquinaria y cintas transportadoras, el punto central fue controlar a través de múltiples formas (encarcelamientos y asesinatos de dirigentes obreros/as; segmentación de tareas y salarios basada en género, etnia, nacionalidad y color de piel; prohibición de sindicatos y huelgas; uso del reloj y del fichado de horarios; apercibimientos y sanciones en el trabajo; etc.) a las y los trabajadores para reorganizar la sociedad en pos de sus intereses imperialistas.

Esta modalidad de organización del trabajo fue hegemónica (no la única, pero sí la dominante) y eficaz para la súper ganancia imperialista, hasta que las y los trabajadores del mundo desafiaron su poder. Hacia la década del 60, a través de distintas modalidades de lucha, las clases populares pusieron en cuestión todo el orden: revoluciones, huelgas, rebeliones y protestas de toda índole, impugnaron el modo de organizar la sociedad y el trabajo. El socialismo retornó a una fase expansiva, pero el imperialismo no se quedó quieto.

### *Ofensiva neoliberal*

Frente a la voluntad transformadora de los pueblos, el imperialismo respondió con sus viejas armas para contener y recuperar la iniciativa, e incluso –un tiempo después– pasar a la ofensiva.

Esto implicó reorganizar el trabajo, en pos de acelerar los ritmos, achicar los tiempos de producción y reiniciar una dinámica de disciplinamiento y convencimiento obrero. Asimismo, otro genocidio se puso en marcha, junto con otras armas represivas y también subjetivas.

El sostén fue la segmentación y fragmentación ya no solo de la clase trabajadora, sino también de la producción, que en los 90, con la caída del Bloque Socialista, profundizó la

deslocalización. Las directivas empresariales se orientaron desde los centros neurálgicos del poder (casas matrices y organismos internacionales en EEUU y Europa), produjeron innumerables conflictos en los territorios productivos de emplazamiento (desplazamientos poblacionales, privatizaciones, nuevos marcos regulatorios de inversión y trabajo, etc.) y condensaron una política flexibilizadora, que achicó las plantillas laborales, eliminó puestos, fusionó tareas y funciones, y creó puestos nuevos, bajo condiciones de contratación más desfavorables para los y las trabajadores. La racionalización del trabajo *toyotista* incorporó un funcionamiento celular en las fábricas, para hacer más eficiente el trabajo y el disciplinamiento laboral e implicar subjetivamente a los y las obreros, que habían estado tiempo atrás en pie de lucha. Las nuevas células tuvieron que asumir nuevas funciones productivas y también de control, mantenimiento y cuidado. Además, estos equipos se organizaron con un líder, para coordinar y verificar los niveles de producción, las paradas imprevistas, registrar accidentes e incidentes durante su turno, y cumplir con tareas de vigilancia y de sistematización de “ideas”, a través de la propuesta de *mejoras*. Esto implicó la adición de tareas para el conjunto de la célula: ya no solo se trataba de realizar la tarea específica y puntual, sino de gestionar el proceso, los costos y los insumos, y participar del mantenimiento y de la seguridad.

Para la década del 90, se informatizaron las modalidades de organizar el trabajo y se le dio apariencia democrática a la multitarea, la polivalencia funcional, el *just in time*, la mejora continua y la reapropiación del saber-hacer (a través de la automatización o de la segmentación de tareas). Todo este proceso fortaleció el poder monopólico, que además reorganizó el consumo también de forma segmentada, por sectores sociales de distinto poder adquisitivo.

Los sindicatos atravesaron un proceso de deslegitimación fenomenal, tanto por acción directa de la propaganda, como por negociaciones a la baja: competencias, bonos salariales por objetivos, desempeño, productividad y presentismo; contratos por tiempo determinado, polivalencia laboral, desdibujamiento de la antigüedad como criterio de ascenso o movilidad; etc. Estas cláusulas, muchas veces firmadas, además fueron acompañadas de modificaciones de la regulación general y específica del trabajo, incluyendo la legalización de tercerización y subcontratación. La segmentación y fragmentación de los colectivos

laborales y la heterogeneidad del mercado de trabajo quedaron instaladas como una modalidad de despliegue del capitalismo, no como excepción.

Contrariamente a lo que muchas veces se postula sobre el neoliberalismo, no se trató de un proceso de desindustrialización, sino de reorganización de la producción espacial y temporalmente, en todo el mundo, de forma integrada, con el propósito de aumentar la rentabilidad, abrir mercados e imponer las reglas del imperialismo norteamericano.

No obstante, las luchas antineoliberales y antiglobalización se multiplicaron hasta el fin de siglo, poniendo en cuestión la adhesión popular hacia el imperialismo. La caída de las Torres Gemelas, el 11 de septiembre de 2001, en lugar de consolidar mayor compromiso con los Estados Unidos, produjo una ola de rechazos a la política guerrerista de George W. Bush.

#### *El pueblo recupera la iniciativa*

En 1999, asume Hugo Chávez la presidencia de Venezuela y establece parámetros nuevos para la soberanía nacional y la integración latinoamericana. En 2005, fracasa la firma del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y se cristaliza una relación diferente entre EEUU y lo que ellos consideran como su *patio trasero*. Hacia 2010, con las múltiples victorias electorales, junto con Cuba, un tercio de los países de América Latina y el Caribe estaban gobernados por fuerzas revolucionarias o progresistas.

En este particular contexto, Lehman Brothers -el cuarto banco de inversión más grande del mundo- quiebra en 2008, y comienza un efecto dominó de bancarrotas de gigantescas entidades financieras. El salvataje del Estado norteamericano impactó en todas las economías mundiales y trajo un déficit fiscal enorme. Las consecuencias pusieron a la *globalización* en terreno pantanoso y la unidad político-económica del imperialismo empezó a resquebrajarse. Las condiciones de vida de gran parte de la clase trabajadora mundial empeoraron, con desempleo, ejecución de deudas hipotecarias y la brutal transferencia de fondos públicos al sector financiero. Esto desencadenó una serie de protestas y revueltas sociales. En EEUU, Europa y Medio Oriente se llenaron las plazas de las ciudades, con liderazgos colectivos y democracia participativa, protagonismo de jóvenes e intelectuales, y con las redes sociales como modo de difusión y comunicación alternativa. Entre 2010 y 2013, la Puerta del Sol en Madrid, Syntagma en Atenas, la Plaza Tahir en

Egipto y Zuccotti Park en New York, fueron representativas de los y las *indignados*, que se dieron a la tarea de canalizar la protesta en términos electorales, tal cual la experiencia latinoamericana.

No obstante, los esfuerzos quedaron truchos, no alcanzaron a consolidarse, fueron atacados o incluso los programas populares fueron traicionados. De esta forma, mientras los impulsos transformadores se iban enfriando en Europa y Medio Oriente, América Latina empezó a mostrar el agotamiento de los proyectos progresistas. El imperialismo desplegó una forma de ataque muy eficaz -el *lawfare*-, junto con golpes de estado y otras modalidades de erosión del poder popular, que demostraron ineffectividad de las izquierdas y los progresismos de Occidente para dar respuestas contundentes.

De todos modos, nacieron los BRICS, con una perspectiva multipolar del mundo. El imperialismo norteamericano agudizó su tensión, mientras el crecimiento de China deslumbró la imaginación mundial: el volumen y la integración de la producción, junto con un desarrollo tecnológico asombroso, puso en jaque la deslocalización, el *just in time* y la fantasía de aumento de la productividad sin sindicatos. China no sólo es un país que se reconoce como socialista, sino que tiene una tasa de afiliación sindical de casi el 40%<sup>3</sup>.

### *La respuesta del león herido*

Frente a este escenario, en Occidente, nuevas organizaciones de derecha emergieron. Bajo el cuestionamiento del orden de Bretton Woods, echaron mano a los viejos paradigmas del fascismo del siglo XX. Se recrudeció la violencia a migrantes, mujeres, negros, musulmanes, travestis, etc., acusándolos de ser los males de la humanidad. El segregacionismo, la xenofobia, el anticomunismo y el anti *woke* se transformaron en política, condensada inicialmente en el Brexit, y luego expandida con la guerra en Ucrania. La pandemia puso blanco sobre negro las escalofriantes diferencias de clase, de género, étnicas y de color en el acceso a los sistemas de salud occidentales, dejando un tendal de muertos. Pero, sobre todo, la forma descentralizada y deslocalizada de organizar el trabajo encontraron su límite. El aislamiento, detención, ralentamiento y restricción total o parcial de la circulación de mercancías (incluyendo a las/los trabajadores) como modo de enfrentar al COVID-19, hizo estallar un modelo que ya venía demostrando sus incapacidades.

---

<sup>3</sup> <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/16896/1/sclcrb-4.pdf>

Las agresiones y los discursos de odio crecieron a la misma velocidad que unos pocos magnates supermillonarios, que basan su enriquecimiento sobre dos viejos conocidos: el aumento de la explotación del trabajo y de la concentración económica (con absorción y cierre de empresas incluida). Sin embargo, para recuperar la iniciativa no basta con destruir y desprestigiar al enemigo, hace falta las modalidades específicas de realización de la explotación, a través de la reorganización del trabajo. Entonces, ¿cuáles son las modalidades que se pretenden imponer?

### **Reorganización del trabajo actual**

Este proceso de transformación histórico lo estamos viviendo, experimentando, resistiendo e incluso padeciendo. Esto nos ubica en un lugar por demás interesante: intentar construir algunas premisas, con lo que conocemos hasta ahora, acerca de por dónde el imperialismo está queriendo organizar el futuro. ¿Para qué sirve esto? Para poner toda nuestra voluntad, fuerza y capacidad en pos de evitarlo y construir nuestro propio camino.

El punto de partida central es que el fascismo del Siglo XXI que estamos padeciendo hoy es un vehículo de disciplinamiento social, de resignación y de desesperanza, que junto con la extensión de la jornada laboral (a toda hora y en todo momento) y la inflación de la pandemia, configuran las condiciones para reorganizar el trabajo.

La extensión de la jornada y la reducción general del precio de la fuerza de trabajo propiciaron y habilitaron el pluriempleo. En este marco, ubicamos dos grandes sectores que permiten anticipar las nuevas modalidades de organización del trabajo: los negocios verdes y los digitales.

#### *Negocios verdes*

Los negocios verdes aparecen como la respuesta *woke* a la crisis climática y va ubicándose a la delantera de nuevas modalidades de organización del trabajo, hasta ser apropiado actualmente por el fascismo del Siglo XXI, como una de sus principales iniciativas.

La *transición energética* es un consenso mundial de pasaje de las fuentes energéticas hidrocarburíferas a otras *limpias*. Pero el origen de esta transición trata de la modificación de las relaciones de fuerzas, mucho más que de la tecnología en juego. Por ejemplo, el

cierre de las minas de carbón en la década de los 80, estuvo ligado al disciplinamiento de la clase obrera y casi nada a la vocación petrolera de Thatcher (ni al precio).

Bajo esta misma premisa, existe sin duda un negocio en lo que se denomina *minerales críticos*, asociado a concretar modos de explotación del trabajo eficaces. Asimismo, el control sobre determinados recursos se articula a los procesos de reorganización del trabajo digital, a partir de la electromovilidad de celulares, computadoras o tablets.

Básicamente, los negocios verdes configuran una nueva oleada de fetichismo de la mercancía bajo el paradigma del *desarrollo sustentable*. Es decir, se invisibilizan las relaciones sociales de producción y particularmente, a las y los trabajadores. La enorme mayoría de los y las trabajadores que producen *mercancías verdes* -minerales, paneles solares, molinos y energía atómica- está doblemente invisibilizado: por un conjunto de debates socio-ambientales que los dejan por fuera, y por las disputas entre Estados y empresas. En la Argentina, esto se ve de forma desembozada con la producción de litio: proliferan los debates respecto de las disputas geopolíticas y el control del recurso; las consecuencias ambientales de la extracción y su impacto para la naturaleza y las comunidades indígenas; los cambios en las condiciones de inversión y ganancia; los desarrollos tecnológicos tanto de la producción como los derivados; etc. Pero el gran ausente de estos debates son los productores: los y las trabajadores que llevan adelante las tareas de extracción y producción del carbonato, cloruro e hidróxido de litio; que embalan para exportación; que producen baterías; que ensamblan las baterías en dispositivos y tantos otros.

En este marco de invisibilidad, con su afán modelador de la subjetividad social, las grandes empresas hacen su aporte a establecer un *modo de ser* ecologista, que no impugna las relaciones sociales de producción, sino que pone en cuestión el desperdicio, la contaminación y la destrucción de la diversidad natural. El ecologismo así modelado, tiene estos tres pilares a los que las empresas dan respuestas con *emprendedurismo*: sos tu propio patrón. Así, la sociedad debe *enverdecer*, para ponerse a tono con los requerimientos de la crisis climática, ocultando a los/las trabajadores, el trabajo y las relaciones laborales.

### *Negocios digitales*

Respecto del trabajo en los negocios digitales, hay cuatro aspectos para desarrollar: el teletrabajo, los datos, las plataformas/app y la inteligencia artificial.

El teletrabajo no es un nuevo trabajo, es una modalidad de organización del trabajo, que tiene la cualidad de extender la jornada laboral, de dos grandes formas: *off line* y *on line*. El primero se basa fundamentalmente en el trabajo por objetivos, con un plazo de entrega determinado. La modalidad *on line* implica que el teletrabajador desarrolla sus tareas tal como si estuviera en el establecimiento laboral, pero mediante un «dispositivo de presencia» informático. Ambas modalidades se entranan y combinan.

Asimismo, la existencia del teletrabajo, es decir, que no se desempeñen las tareas laborales en un ámbito laboral tradicional, no implica que no haya lugar de trabajo. Más bien lo que ocurre es que hay múltiples lugares de trabajo: en una casa, en un bar, en un coworking alquilado, etc.

Esta reorganización del trabajo implica la deslocalización de las tareas laborales en espacios múltiples, pero sosteniendo la función directiva y organizativa acerca de qué se produce y cómo se produce en manos del empleador. Es decir, la existencia de un empleador y la relación laboral siguen intactas, pero la coincidencia espacial y temporal de colectivos laborales se desarma o se desconfigura para reordenarla, con un aumento de las jornadas y los ritmos de trabajo. Ni que hablar para las mujeres, que llevan adelante trabajo productivo y reproductivo.

Por su parte, los datos -que son el corazón de la IA y de las apps- son vitales para todos los negocios y desde mediados de la década del 90, se convirtieron en datos digitales, con la informatización de las plantas y los procesos industriales. Con la expansión de Internet, la disponibilidad de miles de millones de datos producidos diariamente, en la producción y en el consumo, permitieron configurar plataformas digitales de uso y venta de esos datos.

Los datos requieren de enormes servidores que consumen cuantiosas cantidades de energía. La aparente intangibilidad de la industria digital se traduce y se sostiene sobre formidables computadoras y servidores de almacenamiento, en producción de energía, en soportes y dispositivos, en satélites y cables de fibra óptica, en torres de celulares, etc., que a su vez emplean cientos de miles de trabajadores, en todo el mundo.

Como si todo esto no existiera, el ex ministro de economía griego Varoufakis, propuso que el capitalismo fue superado por el *tecno-feudalismo*, que no produce nada, excepto trabajo



no remunerado en “likes” y contenido para redes en general. Estas personas serían *siervos de la nube*. Para Varoufakis, la propiedad de los *tecno-feudales* (Bezos, Musk, Gates, Zuckerberg, etc.) se reduce a los algoritmos. A su vez, quienes utilizan esas plataformas para vender serían *vasallos*, que otorgan una renta. De este modo, el tecno-feudalismo habría destruido al capitalismo “desde adentro”, a través de la privatización de Internet.

Para desarmar la idea de que el capitalismo ha sido superado por los negocios digitales y por los grandes propietarios de esos negocios, es importante recordar siempre la propiedad del cableado de fibra óptica, que es explotado en casi un 70% por Google, Microsoft, Meta y Amazon, y que estas cuatro empresas tienen la propiedad de más de treinta cables submarinos de larga distancia (cada uno, de hasta miles de millas de largo), en todos los continentes del mundo. Todos ellos funcionan gracias al trabajo de trabajadores y trabajadoras.

Por otro lado, de todo el mundo digital, lo más conocido son los trabajos en las plataformas (apps). Esto consiste en la creación de una infraestructura para intercambios comerciales de todo tipo, que se traslada a un nuevo soporte digital, con nuevas reglas, y que arrastra así también la organización del trabajo. Las premisas son la casi nula sindicalización, la ausencia de responsabilidad empresaria en las condiciones de trabajo y la organización del tiempo y el espacio de trabajo, a través de algoritmos mediados por la evaluación. Pero fundamentalmente, las empresas y gobiernos fascistas hacen propaganda con el carácter innovador y disruptivo de las plataformas: la *libertad* sobre las *cadena*s del trabajo formal, las oportunidades de ser *emprendedor*, ser dueños de sí, asumir riesgos, ser autónomo, ser tu propio jefe. Bajo este paradigma, la tarea de los repartidores y transportistas no es un trabajo, es un *emprendimiento* que les permite decidir por sí mismos. La invisibilización del trabajo se mantiene como una constante en las nuevas formas de organización laboral.

Finalmente, la inteligencia artificial es la última dimensión, que se sostiene en base a dos mitos: la analogía de la inteligencia humana con la inteligencia de sistemas maquínicos; y la existencia de una inteligencia *natural*, sin contexto histórico.

La Inteligencia Artificial es básicamente un paraguas para referirse a distintas tecnologías, en donde convergen la sustitución de determinadas funciones cognitivas humanas, como por ejemplo, controles biométricos, traducir de un idioma a otro, gestionar la atención telefónica, conducir un automóvil, producir piezas con robots de mayor autonomía y

manipular a distancia máquinas y equipos conectados a una misma red (Internet de las Cosas).

Los sistemas de inteligencia artificial no sustituyen a la humanidad, lo que sí producen es un aumento notorio de la productividad y la realización de las tareas en un tiempo muy inferior que los humanos. No se trata de un reemplazo, sino de una aceleración de los tiempos requeridos para la concreción de algunas tareas y funciones. De esta forma, en mano de los monopolios, claramente implica una avanzada sobre las formas de organizar el trabajo: la composición de los puestos, complejización de determinadas tareas y la simplificación de otras, disposición del tiempo y el espacio de trabajo, etc.

No obstante, las computadoras y programas que se disponen para estos fines son entrenadas por humanos y adquieren así la capacidad de “aprender automáticamente” sin codificaciones previas. Estos sistemas no piensan, ni entienden lo que dicen, pero *destilan* la inteligencia humana, habiendo procesado miles de millones de datos. No hay inteligencia artificial sin trabajo humano, pero bajo los dos mitos, este desaparece.

### **A modo de cierre**

A lo largo de este recorrido, hemos sostenido que, para el imperialismo, la salida de la crisis requiere instaurar un nuevo modelo de acumulación basado en una profunda reorganización del trabajo. Esta reorganización no es un epifenómeno ni una consecuencia automática de los cambios tecnológicos o económicos: es la condición misma del proceso. Y en ese proceso, el disciplinamiento social —la sumisión de las masas trabajadoras a las nuevas reglas de la explotación— no es un efecto colateral, sino el objetivo central que articula lo represivo con lo consensual, lo ideológico con lo material.

El fordismo fue paradigmático en este sentido. Ante la crisis del orden imperialista británico y la amenaza del socialismo, Estados Unidos impulsó una reorganización radical del trabajo: concentración fabril, segmentación por etnia y género, cronometraje, control de horarios, prohibición sindical y, simultáneamente, mejoras salariales que generaron consensos y expectativas. Pero ese disciplinamiento no fue abstracto. Tuvo un sector económico que actuó como punta de lanza: la industria automotriz y, en particular, las plantas de Ford, donde se ensayaron y sistematizaron las nuevas formas de organización

laboral que luego se extenderían al resto del capitalismo. La fábrica integrada verticalmente, la línea de montaje, el obrero-masa confinado a una tarea repetitiva: todo ello emergió primero como experimento en un sector dinámico y luego se generalizó como modelo hegemónico de acumulación.

Algo similar ocurrió con la ofensiva neoliberal. Cuando las luchas de los sesenta y setenta pusieron en cuestión el orden fordista, el imperialismo no respondió con un mero ajuste económico. Respondió con una nueva reorganización del trabajo, esta vez basada en la fragmentación, la deslocalización, la polivalencia funcional, el *just in time* y la incorporación de tecnologías de la información. Y nuevamente, hubo un sector que ofició como punta de lanza: primero la electrónica y luego el ensamblaje globalizado de mercancías en países con salarios más baratos y condiciones más flexibles. Empresas como Toyota segmentaron su producción globalmente, sistematizaron el trabajo celular, la mejora continua y la implicación subjetiva de los obreros en la gestión de su propia explotación. Ese disciplinamiento se impuso con genocidios, guerras y el desmantelamiento del Bloque Socialista mediante. La flexibilización, la tercerización, la pérdida de antigüedad como criterio de ascenso y la deslegitimación del sindicalismo se configuraron como el estado dominante de las condiciones para la clase trabajadora. El neoliberalismo no fue una época de desindustrialización, sino de reorganización espacial y temporal de la producción, con epicentro en Estados Unidos.

Hoy, una vez más, el imperialismo herido por la experiencia popular latinoamericana de principios de siglo, la crisis pandémica, las rebeliones de 2008-2013, el ascenso de los BRICS y de China, y el agotamiento del modelo neoliberal clásico, se encuentra en proceso de ensayar una nueva reorganización del trabajo junto con un redisciplinamiento social. Y como en los dos grandes momentos anteriores, ya hay sectores económicos que se perfilan como puntas de lanza para imponer las nuevas reglas: los negocios verdes y los negocios digitales.

Los negocios verdes no son una respuesta inocente a la crisis climática. Son el campo experimental donde se está ensayando una nueva modalidad de explotación: trabajo invisible bajo el ropaje del cuidado ambiental, emprendedurismo ecologista que niega la relación salarial, deslocalización de la extracción de minerales críticos en territorios sin regulación laboral. El discurso del "desarrollo sustentable" opera como fetichismo de la

mercancía: oculta a los trabajadores, fragmenta sus luchas, y los convierte en piezas de un engranaje que se presenta como natural y necesario.

Los negocios digitales, por su parte, condensan las formas más avanzadas de disciplinamiento: teletrabajo que extiende la jornada sin límites espaciales ni temporales, plataformas que convierten a los repartidores en falsos emprendedores, algoritmos que controlan cada movimiento, inteligencia artificial que acelera los ritmos y sustituye funciones cognitivas sin eliminar la subordinación al capital. Detrás de la aparente intangibilidad de la nube, hay cables submarinos propiedad de cuatro monopolios, servidores que consumen energía, y millones de trabajadores reales que entrenan a máquinas, para que luego las empresas nieguen su propia existencia laboral.

El fordismo, el neoliberalismo y la actual iniciativa fascista comparten una misma lógica imperialista: para desarrollar un nuevo modelo de acumulación, es necesario reorganizar el trabajo. Y esa reorganización siempre implica un doble movimiento —disciplinamiento social y emergencia de sectores punta de lanza— que se retroalimentan. Primero se ensaya en una rama dinámica (la automotriz primero; la electrónica y el ensamblaje global después; y los negocios verdes y digitales hoy), y desde allí se irradia al conjunto de las relaciones laborales. El fascismo del siglo XXI no es un accidente ni una anomalía: es el vehículo político que necesita este proceso para imponer la desesperanza, la resignación y la sumisión, invisibilizar al trabajo y los/las trabajadores, mientras unos pocos magnates multiplican su riqueza.

Este diagnóstico permite establecer algunas pistas para confrontar este modelo de aumento de la explotación y la dominación que el imperialismo pretende imponer.

Por un lado, nos queda la tarea de visibilizar el trabajo humano y a los y las trabajadores; de recuperar el vigor y la iniciativa de quienes producimos la riqueza social, y de combatir al fascismo estableciendo como valor social que trabajemos todos y trabajemos menos. No se trata de volver a concebir el trabajo como se organizó en el fordismo o en el neoliberalismo. No, para nada. Se trata de visibilizar efectivamente cómo se trabaja y se organiza el trabajo hoy, sin idealizaciones ni vocaciones retrospectivas.

Por otro lado, nos permite identificar una idea central de las luchas anticapitalistas y antimperialistas: el único trabajo no es el trabajo asalariado. Por el contrario, el trabajo cooperativo y comunitario constituye a la especie humana y le da sustento a su potencial

emancipación. El trabajo es organización y bienestar. El trabajo, a fin de cuentas, es la posibilidad de construir una sociedad verdaderamente libre e igualitaria.